

IV. RESEÑAS

Hugo Montes B.

PARA LEER A NERUDA

Santiago, Ediciones Universidad Nacional Andrés Bello y Cuarto Propio, 1997.

Ya el título permite percibir la tarea emprendida por Hugo Montes en este libro. Intenta una mirada global a la obra extensa y compleja de Pablo Neruda. Mirada que es probablemente el único camino que lleva a un acercamiento pleno, mirada que sólo es posible en relación a aquellos autores que ya cumplieron definitivamente su tarea creadora.

Pero el título conlleva una segunda intención, la del educador que como dice en la Introducción “no pretende ponerse entre Neruda y sus lectores, sino facilitar a quienes pudieran necesitarlo el encuentro aludido. Se trata sólo de una mano atenta que sugiere, que indica posibles caminos, que alguna vez se detiene sencillamente para admirar más a sus anchas. Es no más que un instrumento de orientación en la tarea insustituible de la lectura personal”.

Así, el libro de Hugo Montes va recorriendo paso a paso las obras publicadas por el autor y las entregadas después de su muerte. Recorrido que se detiene en poemas concretos, en que se muestran indicios que pueden acercar al lector y en que se propone una posible lectura siempre enriquecedora para la imaginación de aquél. El erudito da constantemente paso al maestro que es capaz con una intuición increíble y con facilidad que asombra apuntar a las relaciones contextuales que abrirán el horizonte de expectativas de cualquier lector que se interese por la poesía de Neruda.

Para leer a Neruda es una segunda edición del texto publicado en Buenos Aires en 1974, el cual se ha enriquecido con una notable y completísima aproximación a los libros póstumos y con una puesta al día respecto de los estudios publicados con posterioridad a dicha fecha.

El libro consta de dos capítulos. El primero titulado “Dinamismo creador” en que surge a borbotones la obra de Neruda ordenada cronológicamente, poniendo de manifiesto los grandes cambios que en ella se producen. Pasos en que el autor del libro ve y muestra la coherencia interna de dicha evolución, en que los distintos temas son contextualizados con la explicitación de las razones externas y los cambios en el modo de aprehensión del mundo de Pablo Neruda.

El segundo capítulo aborda las “Constantes poéticas” que atraviesan toda la obra de Neruda: La configuración del recorrido poético, el hablante lírico, sus constantes y variaciones, la poesía telúrica y la visión de Chile y España.

Quiero detenerme brevemente en las dos últimas: lo telúrico da cuenta de la unidad profunda de la visión del poeta, de su forma de aprehensión de la realidad. El pacto nerudiano es con la tierra. La inmortalidad se da en el proceso de transformación, nunca en una posible resurrección a algo otro trascendente. La voz nerudiana es siempre naturaleza. Todo es parte del mundo-tierra. La visión telúrica permite apreciar debidamente la poesía del autor sobre Chile y España. El enemigo es el conquistador, especialmente los capitanes y entre ellos paradigmáticamente Pedro de Valdivia. Sin embargo, en el hoy nerudiano,

después de Chile es España el país que ocupa en su corazón el lugar más entrañable, porque España es raíz de la sangre y lengua nuestras.

Recuerda Hugo Montes las palabras de Neruda en “Viaje al corazón de Quevedo”: “a mí me hizo la vida recorrer los más lejanos sitios del mundo antes de llegar a lo que debió ser mi punto de partida: España” (p. 177).

Para leer a Neruda es un libro de facetas y valores innumerables. El analista con la poderosa intuición que debe tener el crítico, según Dámaso Alonso, es también capaz de probar con objetividad sus proposiciones de lectura. Encontramos también al gran conocedor del corazón de Neruda y de la totalidad de su producción. Por último, al gran crítico que tanto añoramos muchos en estos tiempos, en que la crítica encifrada a extremos, en vez de acercar al lector, lo aleja cada vez más de la literatura.

La Mistral, en un inédito sobre el lenguaje, habla del “projimismo” como la virtud ética del escritor de allegarse a su prójimo lector. Pienso que el libro de Hugo Montes tiene la virtud del “projimismo”, es crítica literaria y tarea educadora a nivel del arte, esa tarea educadora a la que Rodó adjudicaba la capacidad de “instalar la humanidad en el hombre”.

ANA MARÍA CUNEO

Departamento de Literatura, Universidad de
Chile